

DOMINGO XVII.
SANTUARIO DE BELLAVISTA.

Queridos hermanos y hermanas,

Esta semana sigue muy acontecida...

Comenzamos poco a poco el desconfinamiento, después de meses de pandemia y con un futuro incierto en todas sus consecuencias.

La discusión en torno al retiro del 10 % del fondo de pensiones, nos puso ante el escenario del desafío político/social que tenemos como país y que aún no hemos abordado en su totalidad.

Como Familia de Schoenstatt nos hemos abierto a recorrer un camino de revisión histórica, camino que nos llevará a una profundización del carisma y del vínculo con nuestro Padre Fundador.

Son muchas las dimensiones de la vida que están “en proceso”, ya que a estas tres hay que agregar el proceso que cada uno de nosotros: en nuestra individualidad, en nuestras familias, quehaceres y trabajos, estamos recorriendo. Procesos que todavía transitan por la incertidumbre...

No hemos llegado aún a la “nueva normalidad” tras el peak de la pandemia ni sabemos lo que eso significa. No hemos definido todavía qué significa el país más justo, en paz, fraterno y digno que necesitamos. Tampoco la conversión personal y comunitaria a la que nos comprometimos el día de la coronación de la Mater, llegó de manera automática.

Asumir que estamos “en proceso” es un gesto de humildad para reconocerlo y de grandeza, para recorrerlo.

Lo impresionante es que todos estos escenarios (y seguramente los propios también), llegaron sorpresiva y hasta traumáticamente, aunque previsiblemente...

El desequilibrio ecológico, el conflicto de intereses económicos a nivel mundial, los liderazgos erráticos y mesiánicos, los límites de una globalización que no ha implicado una mayor corresponsabilidad interplanetaria, nos pusieron en jaque con la llegada de la pandemia.

La desafección ciudadana frente a las instituciones y a la política, las fracturas sociales y una atmósfera crispada y confrontacional, nos pusieron en jaque con el estallido social del 18 de octubre pasado.

Una dimensión de nuestra historia no profundizada ni asumida en su totalidad y complejidad, nos ha puesto en jaque como Familia y Movimiento.

Muchas veces pasa que frente a lo evidente y predecible seguimos adelante, con la ingenua esperanza o el evidente error de pensar y creer que las cosas se resuelven solas. Nos pasa en nuestra vida concreta, especialmente cuando tenemos conflictos o dificultades, incluso a nuestra idiosincrasia chilena le pertenece el rehuir las tensiones: antes que asumirlas y resolverlas cedemos más bien al ceño fruncido, a la talla evasiva o al pelambre.

Las tensiones no se resuelven solas, eso no significa que hay que confrontarlo todo, pero es sanador al menos conversarlo. El desafío tiene que ver más bien con lo oportuno, más que con lo evasivo o lo confrontacional.

Desde todo punto de vista (sociológico, psicológico, espiritual, humano, cotidiano), tiene mucho sentido un axioma de San Irineo que nos muestra la sabiduría de los primeros siglos de la Iglesia y sus teólogos: “lo que no es asumido no es redimido”. Es decir, lo que no es integrado busca canales (a veces torrentes desbordados), para ser visibilizado e integrado. Desde este punto de vista podemos entender los desbordes de la pandemia, de nuestra crisis social y de nuestra historia.

¿Cómo relacionarnos frente a los desafíos y tensiones en todas las dimensiones de nuestra vida, frente a la necesaria revisión de nuestras relaciones globales y económicas, frente a los puntos ciegos del modelo o las carencias sociales de larga data, frente a una lectura de nuestra historia que incorpore también sus claroscuros?

Generalmente nos cuestan los matices, estamos acostumbrados al blanco o negro, a lo malos y a los buenos, tendemos más a dos posturas: el conservadurismo o el reformismo, el primero expresa una actitud defensiva y cerrada y el segundo, una actitud ofensiva y disruptiva. Pero el desafío es otro: se trata de poner en diálogo y complementariedad la realidad. Dejémosnos iluminar por las lecturas de este domingo, que nos describen tres pasos para relacionarnos con una realidad en tensión:

1. El libro de los Reyes nos muestra la sabiduría de Salomón, él no pide ni riquezas ni poder, sino la capacidad de **discernir la realidad**. Ni impulsividad ni pasividad, sino el discernimiento necesario para comprender, para distinguir, para evaluar, para relacionar. Antes que hacer o no hacer nada, discernir. El primer paso es el discernimiento frente a la realidad.

2. Para nosotros, hombres y mujeres de fe, discernir desde una perspectiva cristiana tiene una consecuencia necesaria: **discernir providencialmente la realidad** y San Pablo es muy claro en la segunda lectura: “sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman...” Es decir, desde una perspectiva de fe todo tiene un sentido y la lectura nos deja en claro que nuestro mayor desafío es la semejanza con Jesús. Por lo tanto, todo lo que necesitamos confrontar, asumir, resolver es necesario para una mayor madurez y consecuencia en nuestro vínculo con Jesús.

Asumir las carencias, los errores, las omisiones, las debilidades y hasta el pecado, nos ayudan a que sea Jesús quien inspire y anime nuestros pensamientos, sentimientos y decisiones, nuestros vínculos; también nuestro clarooscuro y nuestros puntos ciegos.

3. Discernir providencialmente la realidad ¿para qué? **Para integrarla**. El Evangelio lo expresa en su párrafo final: “todo escriba convertido en discípulo del Reino de los Cielos se parece a un dueño de casa que saca de sus reservas lo nuevo y lo viejo”.

Es decir, Jesús nos plantea algo muy distinto al conservadurismo o al reformismo: hay un valor en las raíces y hay un valor en la novedad. El gran desafío es una mirada integradora de la vida y la realidad en sus tensiones y en su complejidad, en sus interrelaciones e interdependencias, en sus contextos

anteriores y los nuevos, en sus logros y en sus nuevas demandas, en sus certezas y en las nuevas preguntas. No partimos de cero ni tampoco desechamos lo que nos hace ruido hoy.

Tenemos una escuela en María, ella siempre será nuestra gran pedagoga: “Meditaba las cosas en su corazón”, es decir, las discernía para comprender lo aprendido e integrar lo nuevo. Su discernimiento era providencialista, es decir, reflexionaba la realidad teniendo como música de fondo la experiencia de la Anunciación, la promesa del salvador en su Hijo Jesús. E integraba lo antiguo y lo nuevo, porque ella misma es el eslabón que une la Antigua Alianza (hoy recordamos a sus papás: Joaquín y Ana) y la Nueva Alianza en Jesús.

Que ella nos enseñe a discernir providencialistamente la realidad para integrarla, no artificialmente, sino con sentido.

p. Juan Pablo Rovegno M.

Domingo, 26 de julio de 2020